Año II. Diez céntimos. Núm. 55.

DONATIVO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID 1940

Director: R. TABOADA STEGER

ARTISTAS NOTABLES

Conchita López.

ROLDAN

85, FUENCARRAL, 85

Antes de comprar *ropa blanca* las señoras que no conozcan esta acreditada casa deben visitarla, por el extenso y variado surtido que presenta y porque la *ropa blanca* de esta casa se distingue por su confección esmerada y sus precios económicos, á la vez de estar las prendas confeccionadas con riquísimas telas.

Canastillas para recién nacidos á mitad de su precio.

Hay juegos de capa y faldón de piqué con bordados de 10, 12, 15, 20, 30 y 40 pesetas. De cachemir bordado en seda, de 25, 30, 35, 40, 45, 50, 60, 75, 90, 100 y 125 pesetas, y de otomán de seda bordado, 125 pesetas. *Ocasión*, por 15 pesetas preciosas capas de cachemir bordado en seda.

PRECIOS FIJOS, MARCADOS EN TODOS LOS ARTÍCULOS

Almagro y Compañía

(ANTES CASA ROMERO)

CALLE DE PRECIADOS, 5, MADRID

Música, Pianos, Harmoniums, Instrumentos para banda y orquesta, no comprar sin ver precios de Almagro y Compañía (antes Casa Romero), Preciados, 5, Madrid.

Ultima novedad. La preciosa melodía titulada ¡OYE! que con gran éxito ha cantado en Roma el eminente tenor Biel.

La más barata en España.

Catálogo gratis á quien lo solicite.

Madrid 18 de Noviembre de 1900.

¡AGUA VA!

Una de las cosas más antipáticas del mundo es el tiempo, porque no guarda consideraciones á nadie y sigue imperturbable su carrera, ocurra lo que ocurra, importándole una higa que la humanidad prospere ó se derrumbe.

Nada le detiene, nadie es capaz de estorbarle el paso, y al igual de García Alix, que sigue adelante y testarudo con sus funestas disposiciones sobre el pago de los maestros, aunque sabe de sobra que éstos perecerán de necesidad, gracias á la meditada reforma, continúa su camino á sabiendas de que acorta los días de nuestra existencia, y de que nos echa encima épocas muy angustiosas en las que los ciudadanos suelen verse en trances apuradísimos.

Corre que corre, el almanaque y el frío correspondiente nos dicen que estamos á mediados de Noviembre; pasó la *noche de ánimas* con sus puches espesos y sus buñuelos ligeros; pasó el día de San Eugenio con su obligada romería al Pardo y su inevitable atracón de bellotas, el delicado y poco digerible manjar con que se ceban los cerdos y se regalan muchas personas, y llegó, pues, el terrible momento.

Este momento, no hay que asustarse, no es aún el de la caída del ministerio actual, aunque no le anda ya muy lejos; por ahora el ventrudo Azcárraga continuará disfrutando de dulce reposo sobre el mullido sillón de vaqueta de su despacho parroquial y García Alix podrá proseguir su obra regeneradora con gran aplauso de los padres de los alumnos y de los maestros de escuela agradecidos. Mientras no se abran las Cortes y comience allí la serie de achuchones y cogidas de gravedad, no irán *al hule* los acreditados diestros de la cuadrilla *silveli-azcarraguista*, que dará quince y raya á la de las señoritas toreras en eso de lucir adornos y posturas y en lo de *tomar el olivo* así que vean que la fiera se les viene encima con coraje.

El momento á que me refiero es uno que á todos nos conmueve por igual seamos ministeriales ó de oposición: el de tener que hacerse ropa de invierno.

El problema de trocar los ternos de lanita por los de tela fuerte se nos presenta con toda su inmensa y aterradora magnitud, porque no todos tenemos un guardarropa tan bien surtido como el del general Weyler, ni tenemos la fortuna de que como á éste nos dure un chaquet treinta y dos temporadas y un abrigo cuarenta y seis.

El invierno, con su séquito de catarros bronquiales, pulmonías, reumas y *grippes*, se nos ha entrado por las puertas sin pedir permiso y la humanidad se ha echado á temblar.

Claro, tiembla de frío y de miedo, porque no sabe de dónde sacar dinero para abrigarse convenientemente. La movilización de las capas, gabanes y mantones se hace cada día más difícil; buena prueba de ello es que los escaparates y balcones de las casas de préstamos aparecen llenitos de prendas de abrigo de todas clases; desde la modesta toquilla y la humilde bufanda hasta la orgullosa capa bordada y el rico gabán de pieles, con lo que se demuestra y esto se presta á reflexiones bien tristes, que es infinito el número de infelices que en momentos de apuro dejaron allí el abrigo á cambio de unas pesetejas, y que hoy, á pesar del frío, no logran reunir la suma necesaria para rescatarle.

En verano de cualquier modo se va bien, en esa época todo pasa; pero en invierno... ¡Oh, el invierno es implacable!

Hay quien se echa á la calle desafiando al frío, con un trajecillo de tela de cebolla;

éste con los pantalones adornados de caprichosos flecos; aquél sin chaleco; el de más allá con americana de alpaca; el otro con un pañuelito de seda, que oculta la falta de camisa, y todos tiritando, andando de prisa para ver si consiguen entrar en calor y lanzando amorosas y tristes miradas á tanto escaparate y tanto balcón de prestamista que los insulta, poniendo ante sus ojos confortables prendas que acaso á ellos pertenecieron un día...

Los chicos elegantes que tienen que frecuentar los salones, paseos, etc., y que alternan en sociedad, no se dan punto de reposo y agotan todos los medios imaginables á fin de prolongar la vida de las ropas que lucieron el año anterior.

—¿Qué haces, hombre?

—Dándole *negro japonés* á la levita, porque he observado que con este barniz no hay costura que vuelva á *verdear*...

—Con los posos de café se limpian divinamente los cuellos de las prendas negras.

—¡Entonces para las claras había que dárselos de café con leche!...

—Para el sombrero no hay como el petróleo; no queda ni rastros de la grasa.

—Ni de la membrana pituitaria del que esté á tu lado...

Y así sucesivamente, en casas de huéspedes y particulares abundan los diálogos como los que anteceden y las reflexiones como éstas:

—¿Dónde habrá un sastre que no me conozca?...

—¿A quién podría yo darle un sablazo?...

—¡Si me pudiera hacer un pantalón!...

En casas donde el marido tiene poco sueldo y la señora es *mañosa*, hay escenas cómicas que á lo mejor se convierten en trágicas, si á mano viene...

—Besuguete, el *ivierno* está encima...

—Ya lo sé, Nemesia; ¡y que corre un gris!...

—Bueno, pues hay que hacer un esfuerzo. Los niños están en *carnes*, materialmente.

—Pues lo que es yo...—dice él, mirando su individuo de arriba abajo.

—Tú tienes ese pantalón que salvo el fleco y las rodilleras...

—¡Y que parece la funda de un paraguas!

—La levita hace tres años que te la volví de segunda vez, de modo que está pasable.

—Pasada, querrás decir... ¿Y el chaleco?

—¿Te acuerdas de aquel gabán de franela á listas verdes y amarillas que tenía yo?

—¿Aquel que primero fué tapete de la camilla?

—Justo. Pues de ese te hago yo un chaleco como esos que ahora son de moda.

—¡Pero mujer!...

Y no hay pero que valga. Doña Nemesia coge el gabán, antes tapete, y le hace un chaleco á su marido que no hay más que pedir.

Besuguete se le pone y observa que le cubre hasta más abajo de las rodillas; colócase encima la levita, y hecho un adefesio penetra en el comedor para despedirse de los niños é irse á la oficina; al ver semejante figurón, el pequeño rompe á llorar y exclama:

—¡El coco!... ¡El coooco!...

—¡Ay, un chino!—dice el segundo.

—¡Quia! ¡Si es una máscara!—observa el mayorcito.

Los tres gritan; Besuguete se azora y no sabe qué hacerse con ellos: uno le tira un pelotillazo de papel, otro le pasa una escoba por la espalda, y el pequeño, que está tomando chocolate, lanza el contenido de la jícara sobre el rostro paterno y le pone como ustedes pueden imaginarse.

—¡Bravo!...

—¡Que baile!...

—¡Que se *tite* la *cadeta!*...

Besuguete, por huir de sus vástagos, echa á correr por el pasillo y quiere refugiarse

en su alcoba, pero como no ve, á causa del chocolate que le tapa los ojos, se mete en la de la criada que está próxima.

Suenan de repente un ruido terrible y un ¡ay! desgarrador.

Es que la *Maritornes* al verse sorprendida en paños no ya menores sino chiquitísimos, ha roto un vaso, y no por cierto de cristal, en la desdichada cabeza de su amo.

JAVIER LUCEÑO.

LAS DOS LOCOMOTORAS

Apiñada multitud
llenando va los andenes,
y bullicio y algazara
por todas partes se advierte.
¡Ah! si expresara el semblante
lo que en el alma se siente,
en esos abiertos libros
¡cuánto pudiera leerse!
Mas ya suena la campana,
hace la señal el jefe,
y con majestad terrible
avanza el monstruo imponente.
Su negro penacho de humo
por los ámbitos se extiende,
pero el estruendo termina
y el humo se desvanece.
Crúzase con la que marcha
otra máquina que viene
y prolongados silbidos
son sus saludos corteses
De igual manera en el mundo
siempre á los hombres sucede;
no hay uno que no se burle
del otro que al paso encuentre.
Otra vez en la estación,
la multitud impaciente
lo mismo que antes se agolpa
esperando á los que vuelven.
Y así se pasan los días,
saliendo y llegando trenes,
aguardando que unos salgan
para que los otros entren.

—

Esta es la vida .. Ilusiones...
encantos dulces y alegres,
en audaz locomotora
huyen quizás para siempre.
Dejemos que por la vía
nueva máquina se acerque,
y á recibir esperanzas
salgamos con ansia ardiente.
Corre el tren de nuestra vida
por campos secos y estériles,
mas también cruza los valles
llenos de flores y césped.
Y si bien de obscuro túnel
pronto la sombra le envuelve,
otra vez con sus fulgores
brilla el sol más esplendente.
A medida que el tren marcha,
un paisaje desparece,
y otro paisaje distinto
surge entonces nuevamente.
Y de igual suerte en la vida,
cuando el camino se emprende,
unos paisajes se borran
y otros nuevos aparecen.
Siempre en el Mayo florido
hay belleza en los vergeles,
y sólo nieve en el monte
hay en el crudo Diciembre.
¡Dichoso aquel que al llegar
ansiada estación contemple,
sin que el tren se descarrile
ni entre las rocas se estrelle!
¡Dichoso aquel que en el mundo
marcha tranquilo y con suerte,
sin que de tan largo viaje
con los peligros tropiece!
Algunas veces el hombre
va por línea diferente,
porque cuando el hombre nace
es cuando compra el billete.
Al salir de la estación,
salen todos juntamente;
en la estación inmediata
muchos son los que descienden.
¡Cuántos también al entrar
de la vida en los dinteles,
la Parca fiera y traidora
corta su existencia breve!
Unos viajan en primera,
como duques y marqueses,
y otros hay que marcharían
en octava si la hubiere.
Unos llegan á la tumba
con riqueza y con laureles,
y á muchos cuesta trabajo
encontrar quien les entierre.

—

Estas y otras reflexiones
híceme yo muchas veces,

cuando dos trenes distintos
en el camino encontreme.
Como bramadoras fieras
que furiosas se arremeten,
son las dos locomotoras
del mundo emblema evidente.
En una llegan las males,
en otra se van los bienes...
La que hoy lleva mi alegría,
¿qué traerá cuando regrese?
Es el viaje muy penoso
y ya el cansancio me vence..
Si duermo, ya avisarán
en la estación de la muerte.

JUAN REDONDO Y MENDUIÑA.

DOS BESOS

I

Adoré á una mujer de ojos azules
como el azul brillante de los cielos,
de griego torso y cabellera rubia,
como del rubio sol, rubios destellos.
Humana encarnación de la hermosura,
prototipo ideal del arte bello,
su figura arrogante, seductora,
su tez de nieve y su mirar de fuego.
La llegué á venerar cual se venera
la virgen pura del amor primero,
absorto la rendí ferviente culto,
y un altar la elevé en mi pensamiento.

II

Era un idilio encantador mi vida;
mas un día fatal de amargo duelo
á partir me obligó deber sagrado
de mi patria y mi amor, lejos, muy lejos.
¡Qué horrible y cariñosa despedida!
Al sentir, aumentando mi tormento,
la presión dolorosa de sus brazos,
saltó mi corazón pedazos hecho.
Y al oir que decía entre gemidos
«no me olvides, por Dios, que yo te quiero»
¡la estreché con el alma enloquecida,
y estampé en su mejilla el primer beso!

III

Después, en alas del destino aciago,
atravesé los mares turbulentos,
entre montañas de rizada espuma
la luz del rayo y el fragor del trueno.
Y pensando en la imagen hechicera
de la hermosa ilusión de mis ensueños,
en las ardientes playas aún sentía
palpitar en mis labios aquel beso.
Voló el tiempo fugaz... pasaron años;
¿cuántos fueron? ¡No sé! Fué mucho tiempo;
mas un día feliz volví á mi España
y al ángel de mi amor encontré muerto!

IV

Quedó huérfana y pobre, fué virtuosa;
con el mundo luchó y en triste lecho
exhaló, en su agonía solitaria,
quizá pensando en mí, su último aliento.
Busqué, en vano, con ansia su sepulcro,
transido de dolor, convulso, ciego,
y no pude encontrar la tumba santa
do reposaban sus queridos restos.
Sentí angustia mortal; vertí á raudales
el llanto amargo del pesar acerbo,
y crucé silencioso en mi existencia
la ingrata senda del dolor eterno.

V

Mas una tarde nebulosa y fría
penetré en un bendito cementerio;
me llevaba el deber; acompañaba
á un amigo leal; y á mi cerebro
de la mujer que amé de ojos azules
acudió de improviso su recuerdo.
¿Dónde estará, me dije, suspirando?
¿Qué camposanto guardará sus huesos?
¡Fué mártir del deber! ¡Murió sin verme!
¡Sin amor, sin caricias, sin consuelo!
Angel divino... atravesó la tierra;
meteoro de luz... brilló un momento.

VI

Como marmórea estatua quedé inmóvil,
acongojado, pensativo, yerto;
y, en tan supremo instante, por mi oído
pasó silbando el huracán violento.
Una corona de amarillas flores
vino rodando á mí; seguíla trémulo,
y, al ir á recogerla, vi grabado
el nombre de mi amada en cruz de hierro.

.....

¿Quién arrastró á mis pies la dulce ofrenda?
El acaso tal vez; mas con respeto,
¡bendije la memoria de la muerta
y en su tumba estampé mi último beso!

Rafael Abellán.

La carta estaba concebida en estos términos;

«Amada esposa mía: Un grave peligro me amenaza si voy á Madrid. Ya que no puedo ir á tus brazos, ven tú á los míos, en el momento en que recibas ésta. El que te entregue mi carta es persona de mi confianza y te acompañará hasta Toledo. Te espera impaciente tu esposo que te adora,

Gonzalo.»

Diego entre tanto permanecía en pie, con la vista fija en la bella joven, cual si pretendiera leer en su rostro los sentimientos de su corazón.

Beatriz leía con avidez la carta de su esposo.

—¡Oh, Dios mío!... Bien decía yo que alguna desgracia nos amenazaba—dijo Beatriz sin poder contener el llanto que brotaba de sus ojos.

Como vemos, la obra de Andrés producía su efecto. Indudablemente Andrés era hábil pendolista.

—Señora; dad tregua á vuestras lágrimas—dijo Diego con cariñoso acento.— Pensad que los momentos son preciosos y acaso de un instante dependa la suerte de D. Gonzalo.

Beatriz enjugó el llanto que corría por sus mejillas y quedó silenciosa y pensativa.

Diego contemplaba á aquella hermosa mujer y decía para sí:

—¡Linda es la dama!... ¡Digna es en verdad de los amores de un rey!...

—Bien está; ¿y D. Gonzalo?—preguntó el rey interrumpiéndole.

—En Toledo, según el mandato de V. M.

—¿Y doña Beatriz?

—Estará en nuestro poder.

—¿A dónde la llevaréis, duque?

—A una casita, situada á la orilla del Manzanares.

—¿Estará segura?...

—¡Oh!... como en una fortaleza.

—Vamos, duque, esta noche misma saldremos del Escorial.

—Estoy á las órdenes de V. M.—dijo el duque inclinándose.

Aquella noche, en efecto, salían ambos en dirección de Madrid.

Algunos atribuyeron su repentino viaje á un asunto de Estado; ya veremos que otras eran en verdad las intenciones del fanático monarca.

IX

EL FALSO MENSAJE

Volvamos á casa de Gonzalo, donde hemos dejado á Beatriz de Alarcón esperando con ansiedad profunda que las explicaciones del mensajero de su esposo la sacaran de la triste situación en que se hallaba su fatigado espíritu.

Entró Diego en la estancia, y haciendo una respetuosa reverencia, exclamó:

—Señora: D. Gonzalo me encarga ponga en vuestras manos esta carta y espere vuestra determinación.

—Pero ¿cómo está mi esposo?—preguntó Beatriz con amoroso afán é interrumpiéndole.

—Está bueno, señora; pero leed este pliego y él os informará. Y sacando la carta de un bolsillo interior de su ropilla, le entregó á la hermosa joven que lo cogió temblando.

Con mano trémula rompió el sobre, y al momento una palidez sombría se extendió por su bello semblante.

NOCTURNAS

(EL CLISÉ ETERNO)

Había llovido. Y en las húmedas aceras se reflejaba la vacilante luz de los faroles. Las casas, obscuras ya de sí, é inciertamente esfumadas en la niebla, que lentamente todo lo envolvía, amenazaban de continuo al rezagado transeunte con un desagradable tropezón; nada se distinguía, perdiéndose la vista á través de la niebla para determinar cuando más, aquí y allá, un punto luminoso. Aventurándose á caminar al azar, tropezando de continuo, y siguiendo una calle tras otra, ¿dónde nos encontraríamos? Sería difícil precisarlo. Madrid desaparecía entre los pliegues de la abrumadora é inmensa capa gris, que, si por completo le envolvía, no se había cuidado de subirse el embozo por la parte de la sierra... Helaba.

De pronto á nuestros oídos llegó algo así como un conjunto de voces mezcladas, pero débiles, temblorosas, perdiéndose ó apagándose con el frío de la noche... y al mismo tiempo nos asían de un brazo en ésta, en la demás allá, en la otra esquina de la misma manera, con iguales modos; y á nuestros oídos llegaban también palabras incoherentes, que, además de heladas por el frío de la noche, pronunciábanse con singular hastío ..

El pregón de la prensa, y la oferta de... en cada esquina... No es posible dudar; estamos en Madrid... Han hecho pedazos la niebla que les envolvía «los hijos de la noche»...

JOSÉ G. MATALLANA.

NUESTROS ACTORES

Salvador Holgado.

MORISCA

Por la estrecha celosía
de su gótico ajimez,
al cenete que se aleja
la sultana Zaida ve.
A la guerra va el alarbe
en un potro cordobés,
que en la rápida carrera
deja el día detrás de él.
Pues ya el sol su lumbre apaga
y la noche va á caer,
y á la luz sucede lenta,
silenciosa lobreguez.
Como un rayo va el overo
del bizarro Katandé.
Del desierto las arenas
estremécense á sus pies.
Cual llevado por el viento
el indómito corcel,
hiere el llano con empuje
más potente cada vez.
Mientras que mirando al moro,
de quien es amante fiel,
así dice la sultana:
«¡Qué animal, se va á caer!»

J. Samaniego L. de Cegama.

TEATROS

SALÓN MONTANO

Primera velada anual que celebra este semanario, el 22 del corriente mes, con el concurso de notables artistas y distinguidas señoritas

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

1.°	Primera parte de concierto, por la Sta. Pérez Gomila...	*Weber.*
2.°	Aria de *Lucrecia Borgia*, por la señorita Palacios.....	*Donizetti.*
3.°	*Següir la tua bandiera*, por el señor Cabello	*Tosti.*
4.°	Romanza de *El pregonero de Riosa*, por la señorita Sanz.	»
5.°	Dúo de ídem íd.. por la señorita Sanz y el Sr. T. Steger.	*Taboada Steger.*
6.°	Mercedes (vals), por la señorita Pérez Duro.....	*Taboada.*

SEGUNDA PARTE

1.°	*a.* El último amor..... / *b.* Scherzo polka, por la señorita de Letre.....	*Gotschal.*
2.°	Terceto de *Lucrecia Borgia*, por la señorita Palacios y los señores Cabello y T. Steger.....	*Donizetti.*
3.°	Recuerdo morisco, por la señorita Sanz.....	*Taboada.*
4.°	*Penso*, melodía, por la señorita de Letre.....	*Tosti.*
5.°	El monólogo titulado **LAS MACETAS**, por la primera actriz señorita GONZALEZ.	
6.°	Romanza de *Jugar con fuego*, por la señorita Sáez.....	*Barbieri.*
7.°	Malagueñas, por la señorita Montes.	

TERCERA PARTE

1.°	Concierto para piano y violín, por la señorita Pérez Gomila y el Sr. Dalá.	
2.°	Carceleras de *El lego del Parral*, por la señorita Pérez Duro.....	*Taboada Steger.*
3.°	*¡Oye!*, romanza, por el Sr. T. Steger.....	*Taboada.*
4.°	El canto del presidiario, por la señorita de Letre.....	*Alvarez.*
5.°	*Gigantes y cabezudos* (la carta), por la señorita Sanz....	*Caballero.*
6.°	Peteneras, por la señorita Montes.	

Leerán poesías la distinguida poetisa señora Burgos y los reputados escritores señores Redondo y Menduiña, Abellán, Luceño y el Sr. Morata.

Precio de la butaca, 4 pesetas.

Para nuestros suscriptores, el 50 por 100 de rebaja, ó sea 2 pesetas.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.

SASTRERÍA

CASA ESPECIAL POR SU CORTE Y CONFECCION

SALVADOR DE GUINEA

Fuencarral, 87, Madrid.

Especialidad en trajes para niños.

Elegancia, perfección y economía.

LA GOTA DE AGUA

PERIÓDICO LITERARIO, SATÍRICO ILUSTRADO,

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: HARTZENBUSCH, 8, TERCERO

JOSEFINA SANTA-CRUZ

PROFESORA DE FRANCÉS, SOLFEO Y PIANO

Lecciones en casa y á domicilio. Jesús del Valle, 7, pral. centro.

SALDOS

10, MADERA, 10, esquina á la del PEZ.

Trajes patén, desde 15, 17 hasta 50 pesetas.
Idem vicuña, desde 17, 20, 25 á 60 pesetas.
Idem cheviot, desde 20, 25, 30 á 50 pesetas.
Idem en estambre superior, 25, 30, 35 á 70 pesetas.
En pantalones, desde 5 pesetas en adelante en todos colores. Inmenso surtido en capas desde 15 pesetas en adelante. Paño rico de Béjar también las tenemos en azul, verde y café, desde 35 pesetas á 110.

BORDADAS, GRAN SURTIDO

ALMACÉN DE TEJIDOS

CAMISERIA

Y

GENEROS DE PUNTO

Casa recomendada por su seriedad y buenos géneros, donde las familias se pueden proveer de todos los artículos necesarios relacionados con este vasto ***Almacén,*** de variados y diferentes tejidos, desde lo más barato á lo mejor.

Se confecciona toda clase de ***ropa blanca,*** abrigos, blusas, faldas y delantales.

CAMISERÍA

En esta sección, atendida con verdadero esmero por un excelente cortador, se hacen las camisas y calzoncillos á la medida, con gran perfección y economía.

Abacás, Yutes, Mantas, Sábanas, Mantelería.

JACOMETREZO, 15 (FRENTE Á LA BOTICA)

MADRID

Policarpo Ruiz.